

La voz de la mirada

Despertó de golpe.

Algo lo había sacado de un sueño profundo y descansado. Notó una humedad pegajosa en la mejilla, y un jadeo de fondo. Un rostro enorme y peludo fue lo primero que vio al abrir los ojos, y enseguida sintió una lengua sobre los labios.

– ¡Buaj! ¡Terri, quita de encima! ¿Qué haces aquí?

El cocker no entendió el reproche. En cuanto vio que Baldo comenzaba a hablar retrocedió unos cuantos pasos y, como hacía siempre, se sentó sobre el trasero con las patas delanteras estiradas. Comenzó a menear la cola.

– Estás atontado, ¡con lo bien que estaba durmiendo!

El perro levantó las orejas y se puso de nuevo de pie. Dio una vuelta en redondo, fue hasta la puerta del dormitorio y desde allí torció el cuello para mirarle. Después volvió a dar la vuelta, se acercó trotando hasta la cama y se levantó sobre las patas traseras para llegar hasta la altura de Baldo.

– ¡Quita, baja de ahí! ¿Qué te pasa, por qué estás tan pesado?

El cocker no paraba de menear la cola. Volvió hasta la puerta y desapareció por el pasillo durante unos segundos, para reaparecer enseguida y quedarse mirándolo desde la puerta del dormitorio.

– Claro, ya entiendo. Perdona, chico, me había olvidado de que tú también tienes que ir al baño por la mañana. Espera un momento, me pongo algo y bajamos a la calle.

En cuanto el cocker escuchó la palabra “calle” dio un ladrido y un pequeño brinco, se acercó corriendo hasta enredarse entre los pies de Baldo, que ya estaba sentado en la cama, y después voló por el pasillo hasta la puerta de entrada.

– Vaya, sí que tienes ganas. Está bien, está bien, me daré prisa.

Baldo se puso una camiseta, unos pantalones cortos y unas zapatillas de playa. Antes de salir de la casa miró el reloj. Eran apenas las siete y media.

– Te voy a matar. Ya sé que tienes que ir al baño, pero ¿no podías haber esperado media horita más? Estoy de vacaciones y vas y me levantas a las siete y media de la mañana. No sé a quién se le ocurrió decir que el perro es el mejor amigo del hombre.

Salieron a la calle y Baldo dejó que Terri corriera suelto. El cocker empezó a visitar casi cada árbol y cada trozo de césped que encontraba. Caminando por el paseo marítimo tardaron apenas dos o tres minutos en llegar a la plaza, y después recorrieron todo su perímetro con calma, unos diez minutos más, hasta que finalmente volvieron al apartamento. Terri iba mucho más tranquilo.

Eran las ocho menos diez. Baldo se dio una ducha rápida, y a continuación desayunó leche con cacao y unas galletas que fue partiendo en mitades y mojando con mucho cuidado para que quedaran bien empapadas. Terminó de desayunar a eso de las ocho y cuarto.

Se asomó un momento a la habitación de su madre. Tenía la boca un poco entreabierta, y emitía unos ronquidos cortos y casi inaudibles. De vuelta en su dormitorio terminó de subir la persiana, con cuidado para no hacer ruido. Si demorarse más se plantó delante de la mesa de su habitación y se quedó mirando los tres libros de texto.

Se le hacía un mundo sentarse frente a ellos.

“No lo pienses, Baldo”, se dijo, “cuantas más vueltas le des, más te costará empezar”.

Separó la silla y se sentó. Sacó los tres libros y la libreta donde su madre y él habían preparado el programa de estudio. Ella le había dicho que lo único importante era concentrarse en lo que tocaba cada día, ni más ni menos. Decidió empezar por la ortografía, que era lo que menor dificultad le suponía. Tardó más o menos una hora en hacer tres ejercicios que no eran demasiado difíciles.

Hizo un descanso de diez minutos. Fue hasta la cocina y bebió un vaso de agua. A pesar de que sólo eran las nueve y media ya se notaba el calor.

De la cocina fue de nuevo hasta el dormitorio de su madre, y volvió a asomar la cabeza. Los pequeños ronquidos persistían.

“Qué raro”, pensó, “nunca duerme tanto”.

Volvió a su propio dormitorio y sacó el libro de ciencias sociales. Le tocaba una lección sobre movimientos migratorios y otra sobre las diferencias sociales y laborales en distintas partes del mundo. Le parecieron bastante aburridas, y tuvo que releerlas unas cuantas veces hasta conseguir memorizarlas. Cuando terminó eran las once pasadas.

Hizo un nuevo descanso. Salió de su dormitorio y vio que su madre ya no estaba en la cama. Se acercó a la cocina y la encontró allí, con la radio encendida pero con el volumen muy bajo, sujetando una taza de café con leche.

– Buenos días, hijo, ¿qué tal has dormido?

– No tan bien como tú.

– Es cierto, he dormido como una manta, me encuentro muy descansada. Creo que me hacía falta.

– Me alegro, tú has tenido más suerte que yo. A mí me ha despertado *cierto individuo* a las siete y media de la mañana, desesperado por salir a la calle.

– Pobre Terri. Menos mal que estabas tú para sacarlo.

– ¡Cómo que “pobre Terri”!, ¿y qué pasa con tu hijo, por qué no dices “pobre Baldo”?

– Pues porque mi hijo tiene catorce años y no le va a pasar nada por despertarse a las siete y media. Además, está muy bien que el “pobre Baldo” ayude a su madre de vez en cuando. Y por cierto, si no recuerdo mal el “pobre Baldo” tenía que empezar a estudiar hoy...

– Eso es lo único bueno que ha tenido que Terri me despertara, he empezado a estudiar temprano y ya sólo me falta la parte de matemáticas.

– Estupendo, ¿has entendido bien las otras dos partes?

– Creo que sí. La ortografía era fácil, y la parte de sociales era un poco más rollo, pero al final me ha entrado.

– Bien. Ahora recuerda que debes concentrarte en lo que teníamos programado para hoy, y cuando termines tendrás el resto del día para ti. De todas formas voy a echarle un vistazo a la parte de ortografía, y si veo algo equivocado lo corregimos sobre la marcha.

– Vale. Voy a seguir con lo de matemáticas, creo que es algo de ángulos. Me gustaría terminar antes de la hora de comer.

Sonia se quedó en la cocina, acabando de desayunar. Baldo volvió a su dormitorio y estuvo trabajando casi dos horas, estudiando primero la lección y después resolviendo unos problemas. El último era difícil y no lo entendió, así que tuvo que pedir ayuda a Sonia, que estaba terminando de hacer su cama.

Una vez resuelto el problema Baldo guardó los libros y salió a la terraza, pero tuvo que volver a entrar a hacer la cama.

– No creas que por tener que estudiar vas a escaparte de hacer las cosas de la casa que te tocan a ti – dijo Sonia, simulando estar enfadada.

Era la una y media y ya había terminado de estudiar lo que le tocaba ese primer día. No había estado mal. Pensó que después de todo había sido una suerte

que Terri le hubiese despertado tan temprano. A partir del día siguiente programaría el despertador para levantarse a la misma hora. De esa forma, y si las cosas iban más o menos igual, cada día estaría libre a partir del almuerzo. No era el verano que le hubiera gustado, pero al menos esas horas ociosas eran mejor que nada.

Sonia le dio dinero y le dijo que fuera a buscar un pan para el almuerzo mientras terminaba de preparar una bolognesa que olía de maravilla.

Baldo aprovechó para dar un paseo a Terri. Ya en la calle se dio cuenta de que su madre no le había dicho dónde comprar, así que tuvo que decidir. Primero pensó en ir a la panadería donde habían estado el día anterior, pero recordó que para llegar hasta allí había que recorrer un laberinto de callejuelas en las que probablemente se perdería. Se acordó de que muy cerca de la plaza había una dulcería, la que estaba frente a la tienda donde su abuelo había comprado a Bella, y pensó que probablemente una dulcería también vendería panes.

– Vamos, Terri –dijo, hablando al horizonte, pero seguro de que el cocker le escuchaba–, daremos un paseo corto pero no te puedo dejar suelto o tardaremos mucho.

Cruzó la plaza despacio, fijándose por primera vez en un pozo que había en el centro. El brocal estaba hecho de piedra oscura, y no tenía soporte ni polea para recipientes. Su aspecto era viejo, y el moho que crecía entre sus piedras delataba que no se había usado en mucho tiempo. Llegó al otro extremo de la plaza y se adentró en el callejón de la dulcería. Apenas tuvo que caminar unos veinte metros hasta encontrarla. No sabía si admitirían a Terri, así que decidió dejarlo sujeto a un soporte para bicicletas que había en la calle. Al cocker no le gustó demasiado la idea y ladró varias veces mientras abría la puerta y entraba en el establecimiento. Comprobó que, como había pensado, tenían panes de distintos tamaños y clases. Compró uno normal y otro de semillas, que para su madre era un manjar.

“No sé si le va a gustar que le lleve el pan”, pensó,

“siempre está quejándose de su tendencia a engordar... pero estamos de vacaciones, qué diablos, tenemos que darnos algún capricho”.

Al salir de la dulcería Terri, que había estado sentado, se puso de nuevo sobre sus cuatro patas y dio varias vueltas sobre sí mismo, ladrando. Baldo bajó los dos escalones de piedra y se quedó frente al escaparate de la tienda. Permaneció inmóvil un momento, recordando los ojos que le habían observado el día anterior desde el otro lado del cristal. Miró a la izquierda y luego a la derecha. El callejón estaba vacío. Se acercó, puso el borde de ambas manos contra el cristal y colocó su cara entre ellas, intentando eliminar los reflejos. El interior de la tienda estaba oscuro, pero pudo distinguir con nitidez dos figuras adultas de espaldas a la calle, estudiando algún objeto.

No había ni rastro de la chica del día anterior.

Terri ladró, desesperado por que le desataran.

– Ya va, ya va, no me he olvidado de ti –dijo Baldo mientras lo soltaba.

Baldo volvió a la plaza, y mientras la cruzaba comenzó a preguntarse si, en el fondo, no había escogido aquella dulcería, en lugar de cualquier otro lugar –el supermercado, por ejemplo, que estaba más cerca del apartamento– precisamente para intentar descubrir a la chica y, quizá, presentarse. No verla había sido una pequeña decepción. Le resultaba difícil entenderlo, pero lo cierto era que desde el día anterior, en varias ocasiones, sus pensamientos se habían llenado con la imagen de aquel rostro sereno de ojos profundos y sin pudor.

– ¿Dónde diablos has ido? Has tardado una barbaridad –preguntó Sonia tan pronto Baldo entró en la cocina con la bolsa del pan.

– He ido a la dulcería que me enseñaste ayer, la que está al otro lado de la plaza.

– Pero si el supermercado está a la vuelta de la esquina, ¿por qué has ido tan lejos?

– Es que... el pan de las panaderías es mejor que el

de los supermercados –mintió Baldo–. Además, en los supermercados no tienen... ¡pan de semillas! –dijo, sacando de repente el pan de la bolsa de papel, como un mago al materializar algo.

– Pero hijo, ¡quieres que me ponga como una foca! Desde luego no le tienes ningún cariño a tu madre, la prefieres gorda antes que sana.

– Mamá, eres una exagerada, tú no estás gorda, deja de decir tonterías.

Comieron con calma, hablando y haciendo bromas. Sonia quiso asegurarse de que Baldo había terminado con todo el estudio que habían programado para ese día, así que mientras tomaba un café le hizo unas cuantas preguntas al azar de cada una de las tres asignaturas. Después siguieron hablando un rato más antes de levantarse de la mesa.

A eso de las tres Sonia empezó a fregar mientras Baldo le acercaba la loza sucia. Al terminar ella fue a la terraza con el ordenador portátil y se sentó a la sombra.

– Tengo varios cuentos pendientes, así que debo dedicarles unas cuantas horas todos los días. Me gustaría que estuvieran listos para cuando terminen las vacaciones. ¿Tú tienes algo planeado?

– No sé –aseguró Baldo, encogiéndose de hombros–, supongo que iré a dar una vuelta por ahí, a ver si me voy aprendiendo el pueblo. Es un lío, todas las calles me parecen iguales. No sé cómo eres capaz de recorrerlo sin perderte.

– No es tan difícil, ya verás, al principio parece imposible pero enseguida te acostumbras. A mí me pasó lo mismo los primeros días. No vuelvas tarde, ¿vale?, a las nueve como mucho, recuerda que tienes que sacar a Terri antes de cenar.

– Vale –dijo mientras entraba en su habitación para cambiarse. Se puso un calzado deportivo y una gorra azul oscuro, pantalones cortos y una camiseta que dejó por fuera.

Una vez en el paseo marítimo caminó hacia la

derecha, hasta el extremo del pueblo, y se detuvo un momento a observar las laderas que ascendían suavemente hasta los acantilados. Sabía que su madre había hecho aquella excursión con el abuelo, aunque nunca le hablaba demasiado de aquello. Dio media vuelta y desanduvo sus pasos, caminó por delante del apartamento y continuó hasta la plaza. Aunque era una zona que ya conocía, le gustaba ir hasta el extremo del pequeño muelle y contemplar Lumia y su faro. Sus piedras mastodónticas y oscuras se asentaban sobre la superficie rocosa de la isla, trepando unas sobre otras hacia el cielo. El aire y el mar de años habían maltratado su superficie, poblándola de grietas y orificios a los que se aferraba el musgo. En torno a la base crecían hierbas, y en las rocas cercanas descansaban gaviotas y cormoranes que depositaban sus botines de pesca. Con el paso del tiempo el faro se había incrustado tanto en el corazón de la isla que ambas cosas parecían una sola.

Desde el extremo del espigón, mirando en dirección contraria, la biblioteca también aparecía majestuosa dominando la cúspide del pueblo. Pensó que esa sería una buena elección para su primera tarde de exploración y decidió encontrar el camino de subida. Vio que apenas eran las tres y veinte, así que tenía tiempo de sobra para llegar hasta la parte alta y volver a bajar, incluso si, como era previsible, se perdía en el laberinto de callejuelas.

De vuelta en la plaza se topó un puesto de helados que imitaba a los carritos ambulantes clásicos, con dos tapas cónicas de metal. Metió la mano en el bolsillo y comprobó que había olvidado devolver a su madre el cambio del dinero para el pan.

“Perfecto”, pensó, “no creo que a mamá le importe que me compre uno”.

Se acercó hasta el puesto de helados y preguntó qué sabores había. Se decidió por uno de yogur.

Alguien, en ese instante, le habló desde detrás suyo.

– Qué bien, a mi también me gustan de yogur –dijo

la voz.

Al darse la vuelta Baldo se encontró de nuevo ante unos ojos incisivos y serenos, unos ojos que le miraban sin incomodidad. El de la chica era un rostro tranquilo, y su sonrisa movía, inevitablemente, a sentirse bien.

Se quedó sin reacción, sin palabras que decir. Fueron los ojos quienes hablaron.

– Sé lo que estás pensando, y la respuesta es que sí, claro que sí. Puedes invitarme a un helado.